«... la canción del agua brota de los cristalinos chorros de un juego de surtidores en el pétreo tazón de una fuente ornamental...»

PUNTOS DE VISTA

por AGUSTÍN BARTLETT
ARQUITECTO MUNICIPAL

«... enmarcado de una plaza porticada, se alza el edificio destinado a Casa Ayuntamiento...»

TORTOSA, 20 de Enero de 1939. La tarde consumía sus últimas claridades, tiñiendo una extensa región del cielo de resplandeciente púrpura, sobre la que se recortaba nítido el accidentado perfil de la sierra de Caro, oscura masa que cerraba por el Oeste gran parte del horizonte.

Entre el Mercado y el Río avanzaban Andrés Velayos y Pedro Grau, en dirección opuesta al curso de sus aguas, con pasos lentos y precavidos, sorteando la zanja sinuosa de una ya inútil trinchera —la acera se encontraba intransitable debido a los montones de escombros amontonados en ella, caídos de la derruída cubierta o de la parte alta de los muros del vasto edificio donde en tiempos más venturosos acudían en busca del diario sustento la gran mayoría de los vecinos de la ahora deshabitada Ciudad.

Grau era hijo de Tortosa. No importan, para la finalidad de este relato, ni sus señas personales ni sus antecedentes políticos o familiares; sólo cabe mencionar que era impulsivo y vehemente por temperamento y que hasta que los azares de la guerra y la revolución dieron al traste con él, vivía modestamente del fruto de un comercio de tejidos de poca importancia. Su acompañante Velayos, por el contrario, era de natural ecuánime y desapasionado; vino al mundo en tierras llanas y pardas de la provincia de Palencia; al correr de los años había visitado con bastante frecuencia nuestra Ciudad ofreciendo a los fabricantes de harinas venta en comisión de partidas de trigo.

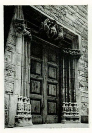
El 18 de Julio de 1936, fecha que marca un hito en la Historia de España, la espada de Franco, de un fuerte tajo, dividió en dos porciones el solar patrio. Palencia quedó en zona Nacional; Velayos, obligado a permanecer en zona roja y sin recursos, optó por fijar provisionalmente su residencia en Tortosa y más tarde en sus alrededores. Grau le tendió la mano en este largo y apurado trance; amistoso gesto que Velayos no dió nunca en olvido.

«... el caserón del antiguo Seminario, habilitado para Instituto de Enseñanza Media, acababa de ser totalmente reformado...»

Tortosa había sido finalmente liberada una semana antes, y cuando aquella tarde ambos amigos levantaban la vista del suelo, percibían a su izquierda, en la orilla opuesta, algo confuso por la creciente falta de luz, el desmantelado caserío de la barriada de San Vicente y más destacada la medio derruida iglesia del Rosario, de la que sobresalía, como símbolo persistente de Fe, aunque desmochado en una tercera parte de su altura, el alto, quizá en demasía, y esbelto campanario. A su pie, una borrosa maraña de hierros retorcidos, desde la parte alta de la orilla se inclinaba hasta sumergirse en las rumorosas aguas del Ebro, único girón visible de los tres grandes tramos del Puente de la Carretera de Valencia.

—Tendremos que esperar un rato a que haga otro viaje. —Con estas palabras se refería Velayos a una pontona militar, que evacuaba hacia Jesús y Roquetas los contados vecinos que habían permanecido durante el día en la población, pero que a causa de la falta absoluta de alojamientos, no pudiendo pernoctar en ella, se veían obligados a repasar nuevamente el río antes que la oscuridad cerrara del todo.

—Qué remedio —repuso Grau; y añadiendo melancólicamente—. Dichoso Vd. que podrá ausentarse, dentro de muy pocos días. Yo, en cambio, me veré obligado a vivir en una Ciudad que sólo se alimentará de recuerdos, porque Tortosa, se lo digo yo —afirmó rotundo—, no volverá a ser la que Vd. conoció antes de la guerra, hermosa y floreciente... Dígame, ¿qué queda de ella?... Nada, o poco menos que nada. Vd. no podrá contradecirme: el 80 % de sus edificios, destruídos en mayor o menor grado, y los restantes, dañados; el campo, saqueado y privado durante años de abonos fertilizantes; expoliada de sus sagradas reliquias y tesoros artísticos; las viviendas, sin excepción, desvalijadas; no hay luz, ni gas, ni aguas canalizadas tan siquiera, ni teléfono, ni otros medios rápidos de comunicación; inutilizados los puentes



«... en la calle de la Rosa, la noble mansión de los Despuig...

de las carreteras y vías férreas que le sirven de acceso, y hasta la red subterránea de alcantarillado destruída o cegada por el lodo de la riada. Vuelva la cara, Velayos; mire hacia donde quiera, y ¿qué contempla? Ruinas... sólo ruinas, montañas de ruinas; más de medio millón de metros cúbicos de escombros que extraer —y Grau concluye visiblemente irritado—. Aquí no queda nada, ni siquiera una triste campana para doblar a muertos. ¿Quién acudirá en nuestra ayuda si los españoles, tirándose mutuamente durante cerca de tres años los trastos a la cabeza, han dejado la casa, la nación en este caso, hecha cisco?

* * *

Velayos emigró a América y tardó bastantes años en regresar. Llegó nuevamente a nuestra Ciudad un día del pasado Julio, movido por el anhelo de abrazar a su buen amigo Grau, con el cual se había carteado muy de tarde en tarde, y a la par reanudar sus abandonadas transacciones comerciales. La mañana estaba clara y apacible, y Tortosa, la vieja Tortosa, archivo de historia, cuya infancia tuteló Roma, se ofreció a su vista joven, animada y atractiva, como lozana moza de su propia huerta.

Había renacido pujante, con aires de modernidad, que realzaban su empaque de noble señorío. Velayos, curioso e interesado, anduvo por todas partes, y raro era el lugar en que para él no florecía un recuerdo. Una nueva barriada se había iniciado en Ferrerías, en la prolongación de la Avenida del nuevo Puente del Estado, en el que elegantes y finas curvas parabólicas sustituían las tupidas celosías de la estructura del puente antiguo; en el nuevo ensanche destacaba el gran edificio destinado a albergar la Escuela de Trabajo y el Estadio Municipal, dotado entre otras instalacio-

... completaba su amorosa restauración, ennobleciendo su ámbito al acoger la Biblioteca Popular de la Diputación Provincial...»

nes de un velódromo, cuya pista ha sido proclamada por los profesionales como una de las más acertadas de Europa.

Al recorrer el casco antiguo, ocupando la parte central del núcleo de la que fué humilde barriada llamada de Pescadores, se alzaban, enmarcando una plaza porticada, dos nuevos edificios oficiales, el destinado a Casa Ayuntamiento y el en que próximamente se instalarán los servicios de Correos y Telégrafos. Frente a la fachada del Ayuntamiento, la canción del agua brotaba de los cristalinos chorros de un juego de surtidores en el pétreo tazón de una fuente ornamental. Dispersas por todo el ámbito de la población apreció notables mejoras. En la barriada de Remolinos, un moderno Grupo Escolar ocupaba el emplazamiento del antiguo edificio conventual que sirvió de cárcel, de triste memoria; la Plaza de la Inmaculada (antes Explanada) la encontró en período de urbanización.

En el Parque, profusamente repoblado, la mesa de un café restaurante, necesidad sentida de siempre, contribuía a resaltar la amenidad de sus frondas.

En el Ensanche del Temple, la Plaza de Alfonso XII había cambiado totalmente de fisonomía, metamorfoseada su antigua aridez en bello y acogedor recinto.

Sus pasos llevaron también a Velayos a la Plaza de Agustín Querol, notablemente ampliada, así como a la calle de Bonaire. Una nueva Plaza, como fruto de la acción de la piqueta demoledora, había surgido por aquellos contornos: la de la Virgen de Montserrat, inmediata a la histórica calle de Moncada, en la que el caserón del antiguo Seminario, habilitado para Instituto de Enseñanza Media, acaba de ser totalmente reformado para el mejor logro de sus culturales fines.

En la próxima calle de la Rosa, la noble mansión solariega de los Despuig completaba su amorosa restauración, ennobleciendo su ámbito al acoger una biblioteca

«... la medio derruída Iglesia del Rosario. A su pie, borrosa maraña de hierros retorcidos, único girón visible de los tres grandes tramos del Puente del Estado sobre el Ebro...»

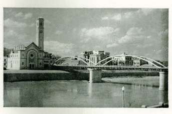
popular. Pudo Velayos comprobar que las bóvedas de la Santa Catedral habían sido también objeto de restauración, así como otros edificios de carácter religioso. Y por fin, que los habitantes de Tortosa habían visto realizadas dos aspiraciones centenarias: la dotación en abundancia de aguas y la construcción de dos paseos en ambas orillas del Ebro, lográndose, mediante el de la izquierda, la comunicación amplia de la barriada de Remolinos con el resto de la Ciudad, y cuyo muro de contención protege también el Palacio Episcopal, joya de la arquitectura gótica, que también había sido objeto de cuidada conservación.

Situada sobre una colina inmediata a la Plaza de la Estación, Velayos pudo observar la inmensa mole del nuevo Seminario, que, junto con la vieja fortaleza de la Zuda, parecía querer presidir, por su elevada situación y extraordinarias dimensiones, el destino de la Ciudad.

En cuanto a conclusiones de carácter particular se había hecho mucho; se había echado, como vulgarmente se dice, el resto.

* * *

Influenciado por tan lisonjeras impresiones, Velayos penetró en el céntrico y amplio local a donde Grau había instalado su comercio, a tono con los nuevos tiempos; después de un fuerte y largo abrazo, y de discurrir la conversación durante algún tiempo por cauces de carácter personal, Velayos comenzó a ensalzar cuanto había visto, recreándose en enumerar los progresos urbanos que más habían llamado su atención durante aquel día de continuo deambular por las calles céntricas y barrios extremos; pero con visible extrañeza conjeturó, por la expresión de su semblante, que corroboró luego por sus palabras, que Grau, el tortosino Grau, no compartía su



«... elegantes y finas curvas parabólicas sustituían las tupidas celosías de la estructura del puente antiguo...»

entusiasmo, estaba lejos de reconocer el mérito de la ingente obra realizada; primero expuso algunos débiles reparos, luego sus objeciones tomaron mayores vuelos y finalmente sentó cátedra resumiendo su sentir con esta declaración: «Si los que nos gobiernan desde fuera, y nuestro propio Ayuntamiento, hubiesen puesto mayor interés, se hubiera logrado mucho más; sí, señor, ya lo creo; otras poblaciones de la provincia, más favorecidas, han progresado más que nosotros».

Velayos no era hombre aficionado a la polémica, la rehuía instintivamente, por lo que se limitó, lacónicamente, a responder: «No vamos a discutir». Y no dijo más. A su juicio Grau era uno de aquellos seres que abundan y que se creen siempre en posesión de la verdad, que blasonan continuamente de civismo, entendiendo por tal la crítica a todo lo que no se ajuste a su particular criterio, que no suelen ponderar debidamente los hechos y las circunstancias de cada caso. Tortosa no había salido indemne de la devastadora contienda civil como aquellas ciudades a que aludía Grau, sino que, como otra Ave Fénix, había vuelto a nacer de sus cenizas; esta circunstancia fundamental, tan importante, por anómala y desconcertante que le pareciera, lo había dejado Grau en total olvido; aquellas urbes sólo se habían limitado a proseguir su habitual marcha progresiva; Tortosa había tenido en cambio que retroceder al principio de un largo camino e iniciarlo y penosamente recorrerlo de nuevo.

Cierto que algo más pudo con suerte lograrse, pero no por eso dejaba de constituir un valioso y alentador balance lo ya alcanzado, y así había que reconocerlo. Velayos no quiso gastar palabras en vano; los hechos hablaban elocuentemente por sí solos; sonriendo, varió el giro a la conversación:

—Hay que ser optimistas, querido amigo, siga mi consejo; alegre esa cara y prepárese a celebrar con alegría las próximas fiestas de Nuestra Señora de la Cinta.